

María Egipciaca. Fué una intervención milagrosa de la Reina de la misericordia la que la movió a dejar los desórdenes de su vida y a sepultarse en un desierto para llorar sus pecados. Rechazada tres veces por una mano invisible cuando iba a adorar la Cruz en la basílica del Santo Sepulcro, se posternó, con los ojos arrasados en lágrimas, ante una imagen de Nuestra Señora, y al levantarse de allí, estaba ya arrepentida y transformada. Era natural que los cristianos pensasen así; ya podían leer en las obras de San Ireneo estas palabras significativas de la grandeza de ese patrocinio: «Si Eva desobedeció a Dios, María fué inducida a obedecerle, para que la Virgen María se convirtiese en abogada de la Virgen Eva.»

A veces esta confianza en la intervención de la Madre de Jesús tuvo audacias que no acepta la auténtica teología mariana. Tal es, por ejemplo, la del desconocido autor de los *Oráculos Sibílicos*, según el cual, Dios había concedido a los pecadores, *por manos de la Virgen pura*, siete días de la eternidad para arrepentirse y salir del infierno. Esto, ciertamente, era una exageración; y otra exageración la encontramos de un culto tributado a María, que nacido acaso en Tracia, se extendió por algunas regiones del Oriente. Sus secuaces formaron la secta de los coliridianos, llamados así porque sus mujeres, actuando de sacerdotisas, ofrecían sacrificios a la Virgen María, poniendo en su altar ofrendas de pasteles con miel, en griego coliridio, y rindiéndole honores divinos. Esta aberración fué condenada por los pastores de la Iglesia y refutada por los grandes doctores del siglo iv. «Que se honre a María, decía San Epifanio, pero que nadie le rinda el tributo de la adoración, porque este culto es propio del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.»

Si se daban exageraciones como ésta, es que la veneración a la Santísima Virgen se consideraba como una cosa natural entre los cristianos. No se había designado aún un día especialmente consagrado a ella, pero los fieles la invocaban, los pecadores se ponían bajo su patrocinio, los sacerdotes ensalzaban su poder en las iglesias y la proponían como modelo de todas las virtudes. Eso hacían San Agustín en Hipona, San Ambrosio en Milán, San Hilario en Poitiers, San Cirilo en Jerusalén. En Constantinopla mismo, en torno a Nestorio, poco antes de estallar la tempestad desencadenada por él, se pronunciaban elocuentes homilias en su honor. Sabemos, especialmente de una, que predicó el sacerdote Proclo delante del patriarca en el invierno de 429. Los fieles se habían reunido para escuchar las alabanzas de María, para oír, sobre todo, el elogio de su castidad. Fué un verdadero panegírico en el cual el orador, después de comentar el misterio de la Anunciación, terminó afirmando la virginidad de María y proponiéndola como modelo a las damas de la capital. En una palabra, antes que hubiese una fiesta especial en su honor, se glorificaba en toda la Iglesia a la Santísima Virgen, haciendo hincapié en su dignidad de Madre de Dios y en la virtud de la virginidad, si bien podemos decir que el culto público nace y se propaga cuando empiezan las discusiones cristológicas acerca de las naturalezas y personas en Cristo, que para muchos, naturalmente los herejes, traían como consecuencia la ilegitimidad de la excepción, aceptada y consagrada ya en todas las iglesias de *Theotocos*. Como una protesta, la liturgia va a aceptar la celebración de varias fiestas con carácter bien definido, como la Natividad, la Purificación, la Anunciación y la Asunción.

Fuera de la Purificación, que en su origen